

PROBLEMAS CONTEMPORÁNEOS DE LA ÉTICA DESDE UNA PERSPECTIVA JUDÍA

HANS JONAS

Hans Jonas es Profesor de Filosofía del New School for Social Research, N. York. Publicado originalmente en el OCAR Journal, (Central Conference of American Rabbis) del Movimiento Reformista.

Tomado de *Teshuva*, Nº 8-9, Septiembre 1970, Bs. Aires, (ed.) Rab. Leon Klenicki.

Introducción

Los editores de Maj'shavot consideran que este ensayo, a pesar de haber sido publicado hace casi dos décadas, expresa ideas y conceptos sumamente actuales que resultarán de interés para los lectores de nuestra publicación.

Ante la constante proliferación de nuevos problemas e interrogantes suscitados por la ciencia y la tecnología, hijos de la modernidad, se hace cada día más imperiosa la búsqueda de parámetros morales a través de los cuales evaluar, analizar y tomar decisiones en estas áreas vitales de la vida contemporánea. El autor del presente ensayo nos da una perspectiva judía sobre la raíz del problema y nos sugiere posibles cursos de acción.

Para ilustrar acerca de la dificultad en que se encuentra la ética en la filosofía contemporánea quiero comenzar este trabajo con un recuerdo personal. Cuando en 1945 volví a entrar en la Alemania vencida como miembro de la brigada judía del ejército británico, tuve que decidir a cuáles de mis antiguos profesores de filosofía podía visitar sin cargos de conciencia. Resultó que el "no" recayó sobre mi mejor profesor, quizá el más original y profundo, ciertamente uno de los más influyentes filósofos de este siglo, quien según los criterios que entonces gobernaron mi elección, había fallado en la humana prueba que le impuso su tiempo. El "sí", en cambio favoreció a la figura mucho más pequeña de un tradicionalista kantiano bastante estrecho y limitado, que desde un punto de vista filosófico bien poco significó para mí, para de quien, en aquellos años oscuros y en relación con ellos, escuchó casos admirables. Cuando lo visité y felicité por la valentía de su posición y principios, me dijo una cosa memorable: "Créame, Jonás, sin las enseñanzas de Kant no podría haberlo hecho". Ahí estaba, ante un hombre intelectualmente limitado, pero sostenido en el curso de una acción honorable por la fuerza moral de una filosofía pasada de moda; por otra parte, allí estaba también el gigante del pensamiento contemporáneo, no sólo no obstaculizado sino que, según algunos, hasta alentado por su filosofía a unirse a la causa

del mal. El quid del problema consistía en que éso era más que una falla personal, de igual modo que el mejor comportamiento del otro era, según sus propias palabras, algo más que una virtud personal. La tragedia residía en el hecho de que aquél de los dos que era el verdadero pensador del siglo xx, aquél cuya palabra había conmovido y exaltado a la juventud de toda una generación después de la Primera guerra mundial, no había ofrecido en su filosofía una sola argumentación que permitiera establecer o señalar normas de conducta en consecuencia con la noble tradición, que emanando de Sócrates y Platón parecía terminar, quizá, en Kant.

Creo que esta experiencia personal ilustra la difícil situación en que se encuentra la filosofía moderna en lo que atañe a normas éticas, las cuales están llamativamente ausentes de su universo de verdad.

¿Cómo podemos explicar este vacío?

¿Cómo podemos explicar este vacío? ¿Qué ha ocurrido para que desde un pasado tan diferente, se haya causado la gran Nada con que la filosofía de hoy responde a una de sus preguntas más viejas, la pregunta relativa a cómo debemos vivir?

Tres determinantes interrelacionados del pensamiento moderno son responsables de esta situación nihilista o, menos dramáticamente del impasse contemporáneo de la teoría ética. Dos de ellos son teóricos y el tercero de índole práctica: el concepto moderno de la naturaleza, el concepto moderno del hombre, y el hecho de la tecnología actual sustentado por los dos anteriores. Los tres implican la negación de ciertos principios fundamentales, tanto de la tradición filosófica como de la religiosa. Dado que aquí estamos empeñados en ahondar la cuestión desde una perspectiva judía, abordaremos particularmente las proposiciones bíblicas intrínsecamente repudiadas por estos tres elementos de la mentalidad moderna.

Naturaleza y ética

Primeramente, entonces, tenemos el moderno —esto es científico— concepto de la naturaleza, el cual, implica la negación de una serie de proposiciones anteriormente tenidas como válidas. La primera de ellas es la relativa a la Creación, o sea, la primer sentencia de la Biblia: “En el principio Dios creó el cielo y la tierra”. Decir del mundo que ha sido creado implica reconocer que no es su propia substancia sino que procede de una voluntad y un plan que lo trascienden, sea cual fuere la forma en que se conceptualice la dependencia de tal “causa” trascendente. En oposición a ello, según el punto de vista de la ciencia moderna, el mundo se “hizo” y continuamente, está “haciéndose a sí mismo”. Se trata de un proceso que se despliega activado por las fuerzas que bullen en su interior y está determinado por las leyes inherentes a su materia y donde cada estado se produce como

efecto de su propio pasado y no como manifestación de un plan u orden intentado. El mundo es, en cada instante, el que da la última palabra sobre sí mismo, y sólo por él mismo puede ser medido.

Filosofía científica y oración

Siguiendo este mismo criterio, esta filosofía científica niega la oración “Y Dios vio todo lo que El había creado y he aquí que era muy bueno”. No es que la física sostenga que el mundo es malo o perverso, en el sentido de opuesto a bueno. El mundo de la física moderna no es “bueno” ni “malo”, no está referido a ninguno de esos dos atributos porque, precisamente, tal distinción le es indiferente. Es un mundo de hechos ajenos a valores. Por lo tanto términos como “bueno”, “malo”, “perfecto” o “imperfecto”, “vil” o “noble”, no pueden aplicarse a nada de la naturaleza. Tales términos constituyen exclusivamente medidas humanas.

Se desprende de lo expuesto una tercera negación. Una Naturaleza proclamada “buena” por su creador, afirma a su vez, la bondad de su hacedor y señor. “Los cielos proclaman la gloria de Dios y el firmamento proclama su obra” (Salmo 19). O sea que la gloria de Dios, visible en sus obras, suscita en el hombre sentimientos de admiración y de piedad. Los cielos modernos ya no hablan de la gloria de Dios. Si algo hacen es poner de manifiesto su inmensidad silenciosa, insensata y caótica; lo que suscitan no es admiración sino vértigo; no es piedad lo que despiertan sino afán analítico.

¿Un mundo sin objetivo?

En cuarto lugar, el mundo desencantado es un mundo sin objetivo. La ausencia de valores de la naturaleza implica también carencia en ella de fines u objetivos. Dijimos que el mundo increado se hace a sí mismo ciegamente y no de acuerdo a una intención determinada. Debemos agregar ahora que esto hace que todos los propósitos y fines permanezcan en el plano de las cosas problemáticas y el hombre ha quedado como único depositario de su significado. ¿Hasta qué punto y en qué forma está capacitado el hombre para ejercer este papel solitario, para este riguroso monopolio de intenciones y propósitos?

Con esta pregunta enfrentamos la segunda cuestión, nos desplazamos desde el tema de la moderna doctrina de la naturaleza al de la moderna doctrina del hombre

La cardinal afirmación bíblica sobre la naturaleza del hombre —recordémoslo— aparece en el segundo gran pronunciamiento del relato de la creación, luego de aquel que se refiere a la creación del universo, y que está formulado con particular solemnidad: “Dios creó el hombre a su imagen y semejanza, a imagen de Dios El lo creó”. Esta sentencia es la segunda piedra fundamental de la doctrina judía, no menos importante que la primera que todo lo incluye y que es la proposición inaugural de la Biblia. Y del mismo modo que la prime-

ra, concerniente a la naturaleza como un todo, es rechazada por la moderna doctrina de la naturaleza, la segunda, relativa al hombre, es rechazada por la moderna doctrina de la evolución aplicada a la especie humana.

¿Qué es el hombre?

Desde el punto de vista darwiniano el hombre no conlleva una "imagen" eterna sino que es parte de un "devenir" universal particularmente biológico. Su "ser", tal como él se presenta, es el producto no propuesto (y variable) de fuerzas indiferentes, cuya prolongada interacción con las circunstancias produjo como efecto combinado la llamada "evolución", pero nada (ni siquiera la evolución como tal) fue su objetivo. Ninguna de las formas que surgen en el proceso tiene otra validez que la que le otorgan haber logrado vencer las dificultades con éxito; ninguna es definitiva ni en significado ni en hecho.

El hombre, por lo tanto, no encarna una "imagen" perdurable o trascendente en consonancia con la cual ha sido creado. Como resultado temporal (posiblemente temporario) de las transacciones casuales de la mecánica evolutiva, con la prioridad de la supervivencia como único criterio selectivo, ninguna esencia válida legitima su ser. Es un accidente sancionado meramente con el éxito. En otras palabras: el darwinismo ofrece una imagen "sin imagen" del hombre. Pero fue en virtud de la idea de la imagen con su alusión trascendente que se pudo decir: "Sed santos porque Yo soy santo, el Señor, vuestro Dios". El imperativo evolucionista suena marcadamente diferente: "Tened éxito en la lucha por la vida". Y dado que el éxito biológico es, en términos darwinianos, definido por la mera tasa de la reproducción, se puede decir que todos los imperativos se reducen a "Sed fecundos y multiplicaos".

Sin embargo, la evolución sólo suministra el telón de fondo natural para otra dimensión del devenir exclusivamente humana: la historia. El moderno concepto del hombre está tan determinado por el historicismo como por el darwinismo. Y nuevamente choca con la concepción bíblica. Así como el darwinismo encuentra que el hombre es el producto de la naturaleza y sus accidentes, el historicismo encuentra que es el producto continuo de su propia historia y de las creaciones humanas, o sea de las distintas y cambiantes culturas, cada una de las cuales genera e impone sus propios valores como cuestiones de hecho, no de verdad; como algo cuya fuerza reside en la validez que tienen para aquellos que casualmente nacen dentro de la comunidad donde rigen tales valores, no en una pretendida validez ideal que pudiera ser juzgada objetivamente. Sólo existen hechos para el credo positivista que el historicismo integra como una de sus formas. Y así como los hechos son mutables, también lo son los valores. Así como las configuraciones históricas de hechos, esto es, las culturas, son múltiples, también lo son los sistemas de valores, esto

es, las morales. No hay un llamado desde la corriente de los hechos al tribunal de la verdad.

Este relativismo y pluralismo históricos, evidentemente, niegan el dogma bíblico de una Torá, su autoridad trascendente, y que ésta pueda ser conocida. "El te ha dicho, oh hombre, lo que está bien". Esto significa que hay un bien válido para el hombre, y que le es otorgado el conocimiento del mismo, ya sea por la revelación o a través de la razón. Esta afirmación es negada. El relativismo, cultural, antropológico, histórico, está a la orden del día, desalojando y reemplazando toda forma de absolutismo imperante en tiempos pasados. En vez de lo absoluto, existe sólo lo relativo en la ética; en vez de lo universal, sólo lo socialmente particular; en vez de lo objetivo, sólo lo subjetivo; y en vez de lo incondicional, sólo lo condicional, convencional, y conveniente.

¿La psicología empujece al hombre?

El toque final a todo esto es dado por la psicología moderna, la tercera de las fuerzas después del evolucionismo y el historicismo que conforman al moderno concepto del hombre que estamos considerando. El argumento psicológico, que parece someter lo que se cuestiona a prueba de la verificación individual, ha demostrado ser la manera más eficaz de empujear al hombre y de despojarlo ante sus ojos de toda dignidad metafísica. En Occidente ha estado en boga últimamente, sobre todo desde el profundo sondeo de Nietzsche en la genealogía de la moral, un persistente "desenmascaramiento" del hombre. La exposición de sus aspectos más "elevados" fue calificada como una especie de impostura, un "frente" y un camino indirecto de gratificación de los impulsos más elementales y esencialmente bajos, por los cuales está constituido, en última instancia, el complejo y sofisticado sistema síquico del hombre civilizado y cuyas solas energías lo mueven. El éxito popular del psicoanálisis, que dieron a este enfoque la apariencia de una teoría científica, lo han establecido como el punto de vista más aceptable de la vida síquica del hombre y, en consecuencia, de la esencia misma del hombre. Verdad o no, se ha transformado en moneda corriente de nuestra psicología cotidiana: lo más elevado del hombre es una forma disfrazada de lo más bajo.

Esta doctrina psicológica niega la autenticidad del espíritu, la responsabilidad trascendente de la persona. El imperativo moral no es la voz de Dios o de lo Absoluto, sino la del superyo que habla con autoridad espúrea —espúrea porque disimula su propio origen dudoso— y que puede ser puesto en su lugar recordándole su propio origen. Nótese aquí el significado inverso que toma "recuerdo del origen" al invertir el origen mismo: ahora siempre se lo busca en la profundidad, cuando anteriormente se lo buscaba en la altura. El reduccionismo, tomado de las ciencias naturales, y que gobierna la teoría del hombre, conduce a la caída final del pedestal del ser humano, sumiéndolo en la miseria que le atribuía la doctrina cristiana

como consecuencia de la Caída, pero ahora ya no en oposición a la "imagen" a la que podría elevarse nuevamente.

¿Tiene la tecnología un significado moral?

La paradoja de la condición moderna es que esta reducción de la talla del hombre, la total humillación de ese orgullo metafísico, va de la mano con su ascenso a privilegios y poderes casi divinos. El énfasis está puesto ahora sobre el poder. Porque no sólo el hombre ejerce el monopolio del valor de un mundo desprovisto de valores; sino que como además, él es la única fuente de significado, se encuentra a sí mismo como autor soberano de sus propias preferencias sin tomar en cuenta un orden eterno.

Este sería un privilegio un tanto abstracto si estuviera severamente limitado por la necesidad. Pero la tecnología moderna pone en manos del hombre un poder tremendo para tomarse toda clase de libertades. Se trata, por lo tanto, de un poder que puede ser ejercido en un terreno carente de normas, lo cual constituye, por otra parte, el principal problema de la ética contemporánea.

Con esto llegamos al tema de la tecnología que yo había mencionado juntamente con las teorías de la naturaleza y del hombre, como el tercer factor determinante de la situación actual. Mi tesis en lo que sigue será la conjunción dialéctica de estos dos hechos, la profunda degradación del rango metafísico del hombre por parte de la ciencia moderna (tanto natural como humana), y la extremada elevación de su poder mediante la tecnología moderna (basada en esta misma ciencia) constituye el mayor desafío ético de nuestros días, y que el judaísmo no puede ni necesita guardar silencio ante ello.

La tecnología moderna se distingue de las anteriores, a menudo muy ingeniosas, por su base científica. Es hija de la ciencia natural esa ciencia referida a su objeto —la naturaleza indiferente— en términos de acción. La ciencia se "adecuó" a la naturaleza cognoscitiva y emocionalmente para el tipo de tratamiento que llegado el momento le aplica. Bajo su mirada, la naturaleza de las cosas, reducidas al sin sentido de sus átomos y causas, fue despojada de toda dignidad.

Todo aquello que no suscita reverencia puede ser subyugado y; relevadas de santidad cósmica, todas las cosas pueden ser utilizadas sin límites. Si la naturaleza carece de un sentido último y nada hay en ella que responda a una intención originaria, entonces se puede hacer cualquier cosa con la naturaleza sin riesgo de violar su integridad, pues no hay integridad que exija ser resguardada en una naturaleza exclusivamente concebida en los términos de la ciencia natural; o sea una naturaleza que no ha sido creada y que no es creadora. Si la naturaleza es meramente objeto, y en ningún sentido sujeto, si no expresa una voluntad creadora, ya sea propia o trascendente, entonces el hombre resulta ser el único sujeto y la única voluntad. El mundo en consecuencia, después de haber llegado a ser el objeto del conocimiento del hombre, se convierte en el objeto de su voluntad, y el

conocimiento es conocimiento colocado al servicio de la voluntad. La voluntad es, por supuesto, voluntad de poder sobre las cosas. Esa voluntad, una vez que el aumento del poder ha sobrepasado a la necesidad, deviene puro deseo carente de todo límite.

¿Cuál es el significado moral del poder tecnológico? Consideremos primero un efecto psicológico. Las libertades que el hombre puede tomarse con una naturaleza hecha metafísicamente neutral por la ciencia y a la que ya no se le reconoce ninguna integridad inherente que exija ser respetada como inviolable; el alcance cada vez mayor del dominio ejercido sobre ella, la variada y triunfal producción de bienes y la inagotable imaginación del hombre puesta al servicio de sus proyectos; la constante demostración de lo que podemos hacer unida a las perspectivas ilimitadas de lo que podríamos hacer y, finalmente, la racionalidad comercializada y totalmente exenta de misterio del método empleado; en fin, toda esta experiencia de poder, certificada por éxitos acumulativos, disipa los últimos vestigios de aquella postura reverencial ante la naturaleza, esa sensación de dependencia, respetuoso temor y devoción que había llegado a inspirar en el hombre a través de las edades y que, en parte, pudo incluso sobrevivir al análisis puramente teórico de la naturaleza. Kant, sereno y desapasionado newtoniano, todavía podía expresar la profunda admiración que colmaba su corazón al contemplar el firmamento estrellado, y aún podía situarla junto a la admiración por la ley moral. ¿Cuál pusimos nosotros allí?, preguntó en cambio el niño "post-Sputnik" cuando su padre le explicó una de las constelaciones celestes. Se produce una pérdida cualitativa inefable en la percepción de las cosas cuando la manipulación indiscriminada invade la esfera que siempre ha sido considerada como ejemplo y paradigma de aquéllo en lo que no puede interferir el hombre. "¿Cómo está hecho?" "¿Cómo podríamos hacer lo mismo?" "¿Cómo podríamos hacerlo aún mejor?". Estas preguntas bastan para despojar a la naturaleza de las cosas de la sublimidad que le adjudicábamos.

Si es cierto que tanto la religión como la ética originariamente se sustentaron en la devoción que el misterio y la majestad cósmicas infundían al alma, una vivencia del ser que trascendía no sólo nuestras posibilidades comprensivas del orden natural, sino que también se ubicaba, cualitativamente, más allá de nuestra virtud: si el asombro y la humildad ante la naturaleza tenían algo que ver con la aptitud o la disposición a reverenciar ciertas normas formuladas en nombre de un orden eterno, entonces debe haber alguna implicación moral, en la pérdida de este sentido, en la desnudez de las cosas despojadas de su vestidura nouménica, tal como se ofrecen a nuestra voracidad conquistadora. Si la reverencia o la vergüenza comparten de algún modo la influencia que las leyes morales tienen sobre nosotros, entonces la experiencia del poder tecnológico, que borra la reverencia y la vergüenza, no puede dejar de tener consecuencias para nuestra condición ética.

Quizá no falte quien sostenga que si bien la naturaleza ha per-

dido el respeto del hombre y ha dejado de ser objeto de reverencia, cabría esperar, en cambio, un aumento proporcional del respeto del hombre hacia sí mismo. De acuerdo con esta hipótesis, el hombre debería de haber ganado en jerarquía metafísica lo que en ese mismo sentido han perdido Dios y la naturaleza. El hombre ha tomado el lugar de Dios como creador; él es ahora hacedor de nuevos mundos, el soberano remodelador de las cosas. Y en verdad, la admiración suscitada por los logros del hombre y el genio que éstos evidencian después de largas épocas de desamparo, es profunda y no injustificada seguramente.

La deificación de lo humano

La autocongratulación colectiva con que esta admiración es expresada toma a veces la forma de una deificación de lo humano. Lo divino está en el hombre —se dice entonces—: ved lo que puede hacer. Pero aquí nos encontramos con la paradoja mencionada antes, a saber: que precisamente con su triunfo, el hombre ha caído en la devaluación metafísica, que fue premisa y consecuencia de ese triunfo. Porque debe verse como parte de esa naturaleza que él ha aprendido a manipular y cuyo dominio perfecciona a cada instante. Hemos visto antes que la ciencia moderna influyó decisivamente para que el hombre dejara de concebirse "a imagen de Dios", dado que es no sólo el sujeto sino el objeto de su conocimiento científico, de la física, química, biología, psicología, etc. Lo que debemos ver ahora es que él no es simplemente objeto teórico de su conocimiento y de la consiguiente revisión de su propia imagen: es también el objeto de su propio poder tecnológico. Puede rehacerse a sí mismo de la misma manera que puede rehacer la naturaleza. Hoy, o muy pronto, el hombre puede hacer al hombre de acuerdo a "especificaciones"; actualmente lo que hace por medio de técnicas socio-políticas y sociológicas, mañana mediante la ingeniería biológica, eventualmente haciendo malabarismos con los genes. Esta última posibilidad es la más aterradora. El hombre está desprotegido frente a su propio poder pues carece de todo principio de inviolabilidad de la integridad metafísica última y esencial mientras que, por otra parte, la naturaleza externa está sometida a sus deseos. Tales deseos podrán ser ahora "programados" por adelantado. ¿De acuerdo con qué? De acuerdo con sus intereses y conveniencias, por supuesto. Y, si bien el condicionamiento por medio de las actuales técnicas psicológicas, por repugnante que sea, es aún reversible o revocable, el condicionamiento por medio de las técnicas biológicas futuras será irreversible e irrevocable. Por primera vez el hombre podrá determinar, no sólo cómo vivirá sino cómo será en su constitución misma. El accidente de haber emergido de la dinámica de la naturaleza ciega pero al cabo de dilatadas edades (si realmente fue un accidente), se combinará con lo que sólo puede denominarse como un accidente de un poder se-

cundario derivado, del hecho de que el hombre sea ahora capaz de participar programáticamente en su propia evolución a la luz de sus efímeros conceptos.

Pero que nadie confunda la presencia de un plan con la ausencia de accidente. Su ejecución constituirá o no la prueba contra la intervención del accidente; su propia concepción, en relación a sus motivaciones, objetivo y medios, tendrá que ser completamente accidental dada la naturaleza de lo humano. Cuanto mayor el alcance del plan, tanto mayor la desproporción entre la extensión de sus efectos y la naturaleza casual de su origen. Las empresas más descabelladas, las más ilusorias, las más miopes —sin mencionar las más siniestras— han sido cuidadosamente planeadas. Los planes de más "largo alcance" —previsores con respecto a la distancia del objetivo intentado— son hijos de los conceptos del día, de lo que en un determinado momento se considera como conocimiento y aprobado como deseable; aprobaciones que, debemos añadirlo, son efectuadas por aquellos que casualmente tienen el poder. Aunque sus intenciones estuvieran exentas de todo interés personal (lo que es extremadamente improbable), estas intenciones son, igualmente, apenas una opción impuesta por la fugaz visión del instante frente a un futuro indefinido.

Así los lentos procesos de la naturaleza, determinados por múltiples factores complementarios e interrelacionados y cuyo resultado no puede ser considerado un "accidente", serán reemplazados por los rápidos procesos derivados de las decisiones apresuradas y parciales del hombre, los cuales soslayan la larga prueba de las edades. Sus ideas inciertas fijarán los objetivos de generaciones enteras, con una certeza proveniente de la presunta certeza de los métodos empleados. Esta última presunción es bastante dudosa pero la incertidumbre que despierta se vuelve secundaria ante la pregunta primera que surge cuando el hombre realmente acomete la empresa de "hacerse a sí mismo": ¿a imagen de qué se hará el hombre, aún admitiendo que puede contar con los medios adecuados para llevar a cabo su empresa? De hecho, por supuesto, no puede estar seguro de nada (ni del fin, ni de los medios), una vez que entra a operar en un reino donde juega con las raíces de la vida. Sólo de una cosa puede estar seguro: de su capacidad para alterar los fundamentos y provocar consecuencias incalculables e irreversibles.

Poder y pobreza de conducción

Nunca tanto poder estuvo unido a tan poca capacidad conductiva para su utilización. Pero una vez que el poder existe, sólo hay una comprensión: usarlo de cualquier modo que sea. La moderna teoría ética o ética filosófica, no encuentra notoriamente respuesta para esta incertidumbre del hombre contemporáneo. El pragmatismo, el emotivismo, el análisis lingüístico, abordan los hechos, significados, y

todas las expresiones de los objetivos propuestos por el hombre pero no manifiestan interés por sus principios, negando, en verdad, que existan tales principios. El existencialismo sostiene que no deben existir: que el hombre al determinar su esencia por un libre acto de su existencia, no debe verse limitado ni auxiliado por principios ni reglas. "En este punto", comenta Brand Blanchard, "los lingüistas moralistas ingleses tienen curiosos puntos en contacto con los existencialistas del Continente. El acto último de la elección, para ambos es un acto de la voluntad del que sólo se es responsable ante uno mismo". Para mí es pasmoso el hecho de que ninguna de las teorías éticas contemporáneas encare el pavoroso problema planteado por la combinación entre esta anarquía de la elección que puede realizar el hombre y el poder apocalíptico del hombre contemporáneo, combinación entre la casi-omnipotencia y la casi-vacuidad. Es necesario hacerse la siguiente pregunta: ¿Podemos permitirnos el lujo de vivir en medio de la azarosa elección de fines y preferencias subjetivos cuando (para decirlo en lenguaje judío) todo el futuro de la creación divina, de la supervivencia misma de la imagen de Dios, han sido colocadas en nuestras volubles manos? Seguramente el Judaísmo debe asentar una posición al respecto, y al hacerlo no debe temer desafiar algunas de las apreciadas creencias modernas. De modo que para ser consecuente con lo que digo me atreveré a hacer algunos comentarios desde una perspectiva judía sobre el predicamento de la ética contemporánea. Primero, una palabra sobre la supuesta finalidad teórica de la inmanencia moderna y la muerte de la trascendencia, o si se prefiere, sobre la verdad última (esencial) del reduccionismo. Este es un asunto similar al de "los ropajes del emperador", aunque a la inversa: "¡Pero no tiene nada puesto!" exclamó el niño, y con este único destello de inocencia disipó el artificio, y todos se sintieron obligados a admitir que el emperador estaba desnudo.

Algo parecido a esto fue la proeza del Iluminismo que tuvo lugar en el siglo XVIII y que fue realmente liberadora. Pero cuando en la subsiguiente etapa nihilista —la nuestra— el desenmascarador ya no es un niño de ojos abiertos, sino un dogmático que afirma triunfalmente, "¡allí no hay nada! entonces, una vez expresado esto con el vigor tautológico del dogma positivista que lo respalda (es decir, que sólo existe aquello que es verificable por la ciencia), con la mirada totalmente condicionada por esa perspectiva, o a través de anteojos así coloreados, no vemos más que la desnudez que se pretende que veamos. Y no hay nada más que ver, porque ciertas cosas sólo son visibles para cierto tipo de visión y, en verdad, se esfuman cuando se miran con otros ojos. Así, la escueta afirmación de que el emperador no viste ropas puede, por sí misma, ser la causa de que las ropas ya no se vean, puede por sí misma desnudarlo. Pero entonces, su verdad negativa y nuestra verificación de la misma resultan, en virtud de nuestra ceguera inducida, meramente auto-confirmatorias y tautológicas.

El destino de algunas proposiciones bíblicas...

Este es el destino sufrido por las proposiciones bíblicas según las cuales Dios creó el cielo y la tierra; vio que su creación era buena; creó al hombre según su imagen y semejanza; le indicó al hombre lo que está bien y le aseguró que la palabra está escrita en su corazón. Estas proposiciones, esto es, lo que sugieren de la realidad a través del simbolismo de su significado literal, no son en verdad "refutadas" por nada de lo que la ciencia haya descubierto sobre el mundo y sobre nosotros. Ningún descubrimiento relativo a las leyes y funciones de la materia afectan lógicamente la posibilidad de que estas mismas leyes y funciones puedan ser subordinadas a una voluntad creadora espiritual. Es, sin embargo el caso, tal como en el recién recordado cuento de Andersen, que el clima psicológico creado por la ciencia y reforzado por la tecnología es particularmente desfavorable a la visibilidad de la dimensión trascendente que las proposiciones bíblicas reclaman para la naturaleza de las cosas. Y, sin embargo, algún equivalente de su significado, por lejos que esté de la exactitud literal de la afirmación misma, deberá ser preservado si aún queremos ser judíos, y más allá de esta especial preocupación nuestra, si todavía hay una respuesta para la búsqueda moral del hombre. ¿Significa esto que debemos abogar por la protección de un sentido del misterio? Por lo menos eso impondrá algunas restricciones a la temeraria carrera de la razón al servicio de una voluntad falible y emancipada.

Hagámonos cargo de cuan desesperadamente necesarias en el terreno de la acción han llegado a ser estas restricciones bíblicas en razón de los mismos triunfos tecnológicos, que en el campo del pensamiento nos han arrebatado toda predisposición y capacidad para reconocer su sentido y alcance. Por el simple peso de sus efectos, el moderno poder tecnológico, para el cual ha llegado a ser factible prácticamente cualquier cosa, nos impone como objetivos de un tipo que antes estaban reservados al campo de la utopía. Para decirlo de otro modo: el poder tecnológico ha transformado a los que debieran ser juegos tentadores —tal vez esclarecedores— de la razón especulativa, en proyectos prontos a ser realizados, y al elegir entre ellos debemos elegir entre extremos de efectos remotos. Vivimos en la era de "las tremendas consecuencias" de los actos humanos (véase la bomba, pero también la inminente amenaza de la ingeniería biológica), consecuencias irreversibles que conciernen a la condición total de la naturaleza en el globo y a la clase de criaturas que lo poblarán. El rostro o imagen de la creación, incluyendo la imagen del hombre, está involucrada en la explosión del poder tecnológico. La creencia ancestral y reconfortante de que la naturaleza humana permanece igual y que la imagen de Dios se impondrá en ella a todas las mutilaciones y deformaciones provocadas por la mano del hombre, queda invalidada si podemos llegar a "manejar" esa naturaleza genéticamente y si podemos convertirnos en brujos (o en aprendices de brujos) capaces de crear la futura raza de Golems.

Cuestiones diarias y cuestiones fundamentales

Como consecuencia de la escala inevitablemente "utópica" de la tecnología moderna, la saludable brecha existente entre las cuestiones diarias y las cuestiones fundamentales, entre lo que está reservado a la prudencia y el sentido común, y lo que está reservado a la sabiduría iluminada, se está cerrando progresivamente. Al vivir ahora constantemente a la sombra de un utopismo indeseable y automático nos vemos permanentemente enfrentados a cuestiones que requieren una sabiduría fundamental, cosa que resulta inalcanzable al hombre en general porque carece de esa sabiduría; e imposible además, para el hombre contemporáneo en particular, porque éste incluso niega la existencia de un objetivo tal como una verdad trascendente y un valor absoluto, más allá de las relatividades de la convivencia y de las preferencias subjetivas. Tanto más necesitamos la sabiduría cuanto menos creemos en ella.

No es mi intención realizar aquí la defensa de la "verdad" del Judaísmo en general, o de aquellas proposiciones bíblicas en particular que hemos visto repudiadas por las creencias modernas. Más bien pregunto: si somos judíos, ¿qué consejo podemos tomar del perenne hontanar judío en relación al apremiante dilema de nuestro tiempo? El primer consejo, creo, es el de ser modestos, y no caer en la sobrestimación de nuestra capacidad en relación con nuestras abstenciones. Es una convicción moderna, —alimentada por el progreso sin precedentes en el campo del conocimiento de las cosas y nuestro consiguiente poder sobre ellas— que sabemos más que en cualquier otro momento de la historia no sólo en esto, sino en todos los aspectos del conocimiento. Y sin embargo, nada justifica la creencia de que la ciencia puede enseñarnos todo lo que necesitamos saber, ni la creencia de que lo que nos enseña nos hace más sabios que nuestros antepasados en el discernimiento de los justos fines de la vida y por lo tanto, del uso adecuado de las cosas que actualmente controlamos tan abundantemente. La arrogancia con que la razón, envalentonada por la ciencia, desprecia la ignorancia del pasado, y ciega así a la sabiduría del pasado, asume confiadamente la jurisdicción sobre las cuestiones últimas de nuestra existencia, no es sólo una actitud aterradora por sus posibles consecuencias, vale decir, objetable desde el punto de vista de la prudencia, sino también impía porque carece de la humildad que debe equilibrar la confianza en sí mismo del ser humano en tanto ser finito. Tal humildad o modestia, prestaría oídos a lo que la tradición tiene que decir sobre el significado metaempírico, no demostrable del sentido de las cosas. Atender a nuestra tradición, es una prescripción judía que nos dirige, no sólo a la sabiduría humana que podemos alcanzar aquí, sino también a alcanzar la voz de la revelación. Por lo menos, la modestia que implica escuchar —una modestia plenamente justificada por nuestra impotencia ante los frutos y usos de nuestros poderes adquiridos— puede impedir que desechemos imprudentemente los aparentemente arcaicos

cos puntos de vista bíblicos, considerándolos mera mitología, producto de la infancia del hombre, superada por nuestra madurez.

Prestar atención a tal enfoque podrá ayudarnos a comprender que no somos completamente nuestros propios amos, y menos aún los de la posteridad, sino más bien los depositarios y custodios de una herencia. Aunque más no sea, la moderación de nuestra supuesta superioridad a través de esta inyección de humildad, nos hará cautos, y cautelosa es la necesidad más urgente de la hora actual. Nos hará vacilar antes de descartar viejos tabúes y eliminar de nuestros proyectos la sacralidad de ciertos dominios que hasta ahora estaban rodeados por un sentido del misterio, temor reverente y vergüenza.

El paso siguiente consiste en la recuperación de ese sentido, que es algo más positivo que la mera actitud de cautela que sugiere la humildad. Acorde con la idea de la creación, ese paso tomará la forma de una reverencia ante ciertas integridades inviolables, sancionadas por esa idea. La doctrina de la creación enseña la reverencia ante la naturaleza y el hombre, mediante pautas rigurosamente específicas y prácticas en referencia a ambos.

En cuanto a la naturaleza, alude especialmente a la naturaleza viviente, y la reverencia en cuestión es la reverencia ante la vida.

Inmediatamente advertimos la repercusión práctica de un punto de vista creacionista sobre las alternativas abiertas a la tecnología moderna. Dios, en el Génesis, ubicó al hombre por sobre todas las otras criaturas y le dio poder soberano para valerse de ellas; pero siguen siendo Sus criaturas, creadas para engalanar Su tierra. El mandato dado al hombre fue la sujeción no el empobrecimiento biológico. Desde ningún punto de vista la idea judía de la supremacía del hombre, justifica su insensato saqueo y devastación de este planeta. Por el contrario, su supremacía le exige ser un cuidador responsable, máxime en nuestros días cuando la ciencia y la tecnología lo han hecho realmente señor del globo, con poderes para mantener o anular la creación. Mientras la devoción bíblica mantenía a la naturaleza como entidad dependiente de la voluntad creadora y sustentadora de Dios, nosotros ahora sabemos de su vulnerabilidad ante la interferencia de nuestros poderes desarrollados. Este conocimiento debería acrecentar nuestro sentido de responsabilidad. Tenemos que explotar los recursos de la vida, porque así lo determina la ley de la vida misma y porque ello pertenece al orden de la creación; pero deberíamos hacerlo con respeto y piedad. El cuidado de la integridad de la creación debería frenar nuestra voracidad. Aún a costa de alguna abundancia o conveniencia, no debemos reducir la riqueza de las especies, no debemos crear blancos en el gran espectro de la vida, no extinguir innecesariamente ninguna especie. Aún cuando afecte los intereses del momento, debemos, por ejemplo, restringir la matanza de las grandes ballenas.

Digo que esto es una responsabilidad religiosa o ética derivada de la idea de la creación que sanciona a toda la naturaleza con el reclamo intrínseco a su integridad. Esto, por supuesto, es un simple

y utilitario sentido común que antepone la ventaja a largo plazo de nuestra raza terrestre a los cortos cálculos de la necesidad, voracidad o capricho actuales. Pero aparte de estos consejos paralelos de prudencia (tan susceptibles a los embates de los argumentos partidarios, y siempre condicionados por las concepciones derivadas de nuestra ventaja y la fuerza lógica o moral de nuestro razonamiento), es indiscutible que el respeto por la manifestación de la vida sobre esta tierra debería oponer un "no" incondicional a la disipación de la plenitud de los Seis Días y, además, podríamos agregar, a su perversión por medio de monstruosidades genéticas cometidas por la mano del hombre.

... a imagen y semejanza de Dios ...

Con más fuerza aún que en el caso de la naturaleza, la idea de la creación inspira reverencia ante el hombre, porque sólo éste ha sido creado "a imagen y semejanza de Dios". Las inferencias éticas que pueden derivarse de este misterioso concepto son incontables, y sin tiempo para realizar un análisis exhaustivo de todas ellas, me detendré solamente en algunas. Con respecto al "moldeado" de esta imagen por el hombre mismo, la posición judía debe ser en su fórmula más breve: educación, sí; manipulación genética, no. La primera clase de moldeado es un deber nuestro e, impulsada por la necesidad, la humanidad la ha estado realizando, mal o bien, desde los comienzos de la sociedad.

Podremos errar lastimosamente en los fines y en los medios empleados para llevar a cabo el proceso educativo, pero nuestros errores pueden ser reparados, sino por sus víctimas al menos por las generaciones venideras. Nada está irremediamente perdido; el potencial de la libertad humana se mantiene intacto. En el mejor de los casos, no impedirá un nuevo comienzo en que la imagen verdadera y combativa del hombre pueda aún ser reivindicada.

Diferente es el sueño de algunos de nuestros hombres de ciencia más relevantes. Me refiero a la recomposición genética del hombre en consonancia con una o varias imágenes elegidas por tales hombres de ciencia, lo que en realidad quiere decir que esa elección se realiza de acuerdo a sus propias luces. La "imagen" potencialmente infinita, trascendente, se reduciría hasta ser representable en gráficos con especificaciones relativas a todas las propiedades deseadas, seleccionadas de acuerdo a ideología (¿o conveniencia? ¿o moda?); programada por genetistas ayudados por computadoras electrónicas; autorizada por el poder político y finalmente insertada con ominosa finalidad en la futura evolución de las especies por la tecnología biológica. A partir de la creación de blancos con esperma y ovarios sólo faltará dar un paso hacia la elaboración de genes sintéticos, cuyas muestras figurarán en un catálogo para satisfacer distintos gustos y necesidades.

Nuevamente, aparte del terrible peligro del error y la miopía, inherentes a nuestra falibilidad, o sea, dejando totalmente de lado consideraciones inspiradas por la prudencia, simplemente que no debemos tratar de fijar al hombre ninguna imagen postulada por nosotros destruyendo de este modo las aún no reveladas promesas de la imagen de Dios. No hemos sido autorizados, como diría la fe judía, a convertirnos en los hacedores de una nueva imagen, ni podemos pretender tener la sabiduría y el conocimiento para arrogarnos ese papel. Si es verdad que el hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Dios, entonces el temor reverente, el asombro y también un sumo temor, un estremecimiento metafísico fundamental, deberían impedirnos una intromisión indebida en ese profundo secreto que es el hombre. O, para tomar un ejemplo menos apocalíptico y caprichoso, y actualmente mucho más real, la moralidad judía debería decir sí a la persuasión, pero no a la manipulación psicológica tal como el lavado de cerebro, el condicionamiento subliminal, o cualquier otra técnica que se estuviera utilizando, ya sea en Pekín o en Nueva York. No necesito discurrir sobre esto. Los que me leen pueden encontrar fácilmente la conexión entre la idea del hombre a imagen de Dios y el principio del respeto por la persona, su libertad, su dignidad. La protesta siempre debe dirigirse contra la transformación de los hombres en cosas. Mi punto de vista básico es que la idea de la creación provee una base para la reverencia, y que de esa reverencia surgen preceptos éticos definidos en el contexto con nuestra situación actual.

Se puede objetar que estos preceptos, en la medida que nuestros ejemplos lo han demostrado, son solamente de tipo restrictivo o prohibitivo. Nos dicen qué es lo que no debemos hacer pero no nos dicen qué es lo que debemos hacer. Es cierto; pero por lo menos se trata de un comienzo. Además, podemos recordar que hasta los Diez Mandamientos en su mayoría nos indican lo que no debemos hacer. Más aún, en énfasis negativo se adecua a la situación moderna, cuyo problema, como hemos visto, se deriva de un exceso de poder para "hacer" y, en consecuencia, de un exceso de posibilidades para obrar. Abrumados por ese exceso —situación que, según vimos no tiene precedentes— necesitamos primordialmente criterios para el rechazo. Hay un consenso razonable sobre lo que la decencia, la honestidad, la justicia, la caridad, exigen de nosotros en circunstancias dadas, pero existe una gran confusión en cuanto a lo que nos está permitido hacer con la gran cantidad de cosas que se nos han hecho factibles.

Quiero concluir con una última solicitud en favor de esta actitud de rechazo, que tal vez no tenga muy buena acogida entre los judíos que valoran notoriamente una larga vida. La biología contemporánea lleva en sí la promesa de la prolongación indefinida de la vida individual. Esto es una buena nueva para aquellos que consideran que la mortalidad es un mal, una maldición que puede llegar a ser anulada, o por lo menos disminuida mediante un retraso indefinido. Pero si abolimos la muerte debemos abolir también la procreación, el nacimiento de nueva vida, porque ésta es la respuesta de la

vida a la primera. Tendríamos así un mundo de vejez sin juventud. Pero la juventud es nuestra esperanza, la eterna promesa de que la vida retendrá su espontaneidad. Con su sempiterno recomenzar, con toda su tontería y su vacilación, son los jóvenes los que constantemente renuevan y por lo tanto mantienen vivo el sentido del asombro, de lo relevante, de lo incondicional, del compromiso esencial que, digámoslo claramente, se desvanece en nosotros a medida que envejecemos y nos cansamos. Son los jóvenes, no los viejos, los que están dispuestos a morir por una causa.

De modo que seamos judíos también en esto. Con la vida joven pisándonos los talones, podemos envejecer y, colmados de horas vividas, resignarnos a la muerte dando a la juventud, y con ella a la vida, una nueva oportunidad. Al reconocer su finitud ante Dios, un judío, si todavía es judío, podrá decir con el salmista:

Porque mil años delante de tus ojos,
son como el día de ayer que pasó,
y como una de las vigiliás de la noche.
Los días de nuestra edad son setenta años;
que si en los más robustos son ochenta años,
con toda su fortaleza es molestia y trabajo;
porque es cortado presto, y volamos,
Enseñanos de tal modo a contar nuestros días,
que traigamos al corazón sabiduría.

(Salmo 90)